

### ***Domingo, 21 de octubre de 1989***

He desayunado como una vaca: tostadas con mantequilla y mermelada, dos *croissants* y café con leche... A las diez he recogido a Miguel en la estación:

–¿Qué tal el viaje?

–Bien, pero tengo mucho sueño.

–¿No has podido dormir?

–No mucho. Nunca puedo dormir en los trenes ni en los aviones...

–Pues despiértate, que tenemos mucho trabajo. ¿Has estado alguna vez por aquí?

–No, es la primera vez.

–Pues te va a encantar. Además hace un tiempo maravilloso.

Hemos ido un momento al hotel a dejar la maleta de Miguel y luego nos hemos ido a Port Lligat a ver la casa de Dalí. Estaba cerrada pero hemos visto unas cuantas esculturas en el jardín. Después, nos hemos ido a Cadaqués. A Miguel le ha encantado todo, incluidas las gambas que hemos comido.

A media tarde hemos dado un paseo junto al mar. En una de las casas más antiguas del pueblo, debajo de unas arcadas, hemos visto una galería de arte. Estaba abierta y hemos entrado. Era una exposición de una pintora catalana. Los cuadros no me han gustado mucho. Pero yo no soy crítico de arte, soy detective. O sea: según mi costumbre, he cogido dos cuadros y les he dado la vuelta. Cuando la pintora ha visto sus cuadros del revés, ha empezado a gritar:

–Pero... ¿Qué hace...?

–¿Yo? –he dicho ingenuamente–. Nada. Se caían...

Miguel estaba horrorizado. La pintora ha venido, ha cogido los cuadros y los ha puesto bien. No me ha importado. Detrás de la tela ponía: «Figueres».

–Perdone, ¿usted dónde compra las telas para pintar?

–¿Cómo?

–Que dónde compra usted las telas, o sea, los lienzos.

–¿Y a usted qué le importa? –me ha contestado, muy enfadada, la pintora.

–Perdone, pero es muy importante para mí saberlo. Cuestión de vida o muerte.

Los detectives siempre tenemos que mentir. La pintora ha pensado que estoy loca y me ha dicho:

–¡En Figueres!

–Sí, pero ¿dónde?

–¡En «Diseño Art»! –ha dicho gritando.

No necesitaba decir más. Hemos salido de la exposición. Miguel, medio enfermo. Yo, encantada.

–Miguelito, el lunes tenemos que ir a «Diseño Art».

–¿Para qué? ¿Para organizar un escándalo como el de hace un momento?

Miguel es un hombre discreto y no soporta los líos que organizo a veces. Le he explicado todo lo que he hecho para saber dónde compraba Urpiano las telas para pintar. Dónde las compraba o dónde las compra.

–Es curioso... –ha dicho Miguel mientras paseábamos tranquilamente.

–¿El qué?

–No hay ninguna calle ni ninguna galería de arte ni ningún bar «Urpiano». Pero hay cientos de cosas que se llaman Dalí: «Bar Dalí», «Hotel Dalí», «Dalí galería de arte»...

–Es verdad... Pero, claro, Dalí es más conocido...

–Sí, sí, pero es curioso...

Hemos seguido paseando y, luego, nos hemos sentado en un bar para tomar algo. El camarero nos ha traído la carta.

–Mira, Miguel, también hay un bocadillo que se llama Dalí... –he dicho yo, riéndome.

–Ah, ¿sí? ¿Y de qué es?

–Pues no lo sé.

–Pues tenemos que preguntarlo. En Madrid se lo pienso preparar a Feliciano. Seguro que no lo ha comido nunca.

Miguel es un sentimental. Aquí, en uno de los pueblos más bonitos de la Costa Brava, junto al mar Mediterráneo y trabajando en un caso al lado de una guapa mujer (o sea, yo) piensa en Feliciano y su afición por los bocadillos. Tengo unos socios maravillosos.

No he querido cenar nada. Hace una semana empecé una dieta, me parece.